

yo, ¿no vivirá Vmd. en mi casa con la misma? ¿No será Vmd. absoluta dueña de ella? No lo sé, hijo mio, me respondió: tú te enamorarás de alguna niña linda; te casarás con ella, será mi nuera, y yo la señora suegra, por lo que ni ella ni yo podremos vivir juntas en paz. Vmd., la repliqué, se anticipa demasiado á prevenir los disgustos que quizá nunca sucederán. Yo por ahora ningun pensamiento tengo de casarme; pero si en algun tiempo me viniere la gana, esté Vmd. cierta de que obligaré á mi muger á que en todo y por todo esté sujeta al gusto, y á la voluntad de Vmd. Te obligas temerariamente á una cosa (repuso mi madre) que nunca podrás cumplir. Antes bien no me atreveria yo á jurar, que si entre la suegra y la nuera se suscitase alguna diferencia, no te declarases tú á favor de la muger primero que de la madre.

Señora, habla Vmd. como un oráculo, dixo mi secretario, introduciéndose en la conversacion. Soy del mismo parecer que Vmd. Las nueras dóciles son *rara avis in terris*. Así, pues, para que Vmd. y mi amo queden contentos, ya que absolutamente no quiere Vmd. salir de Asturias, será menester que mi amo la señale una renta anual de cien doblones, la que yo me encargo de traer todos los años á Oviedo, y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos el uno del otro á doscientas leguas de distancia. Aprobaron la proposicion las dos partes interesadas, y yo anticipé desde luego la primera paga por

por el primer año, con lo qual pude partir de Oviedo el dia siguiente antes de amanecer, por miedo de que el populacho no me echára fuera de la ciudad como á San Estevan. Este fue el recibimiento que me hizo mi amada patria. Admirable leccion para aquella especie de gentes del comun, que habiendo hecho fortuna fuera de su país, restituidos á él, quieren figurar como sugetos de importancia.

## CAPITULO III.

*Parte Gil Blas al Reyno de Valencia, y llega en fin á Liria. Descripcion de aquella casa, cómo fué recibido en ella, y las gentes que allí encontró.*

Tomamos el camino de Leon, y despues el de Palencia, de manera que al cabo de quinze jornadas entramos en Segorve, de donde al dia siguiente por la mañana llegamos á Liria, que solo dista tres leguas de aquella ciudad. Advertí que conforme nos íbamos acercando, iba observando mi secretario con la mayor atencion todas las quintas que á diestra y á siniestra se ofrecian á la vista. Luego que veía alguna que le parecia bien, me decia, alegrárame que fuera aquel nuestro retiro.



26 *Las Aventuras de Gil Blas.*

No sé, amigo Scipion, le dixé, qué idea te has formado de nuestro campestre tugurio. Si te le figuras como una cosa magnífica, como el palacio de un gran señor, desde luego te digo que quedarás muy burlado, porque te engañas enormemente. Si no quieres que tu imaginación haga despues burla de tí, figúrate aquella casa campestre que Mecánas regaló á Horacio, situada en el país de los Sabinos á la orilla del Tiber. Haz cuenta que Don Alfonso me hizo un regalo muy semejante á aquel. Segun eso, replicó Scipion, solo debo esperar que tendremos por albergue una cabaña. Acuérdate, repuse yo, que siempre te hice una descripción muy modesta del sitio y de la casa; y si quieres juzgar desde luego de la fidelidad de mi pintura, vuelve los ojos hacia el rio Guadalaviar. ¿No ves cerca de él aquella Aldegüela de nueve á diez casas, y entre ellas un edificio mas alto con quatro torres en figura de pabellones? pues ese es nuestro palacio.

¡Cómo diablos! exclamó admirado Scipion. Aquel edificio es una joya. Además del ayre de nobleza que le dan los pabellones, la fábrica es una cosa grande, y está situado en un país mas delicioso que los mismos contornos de Sevilla, llamados el Paraiso terrenal. El sitio no podía ser mas de mi gusto aunque nosotros mismos le hubiéramos escogido. Riégale un rio con sus aguas, y un espeso bosque vecino á él está brindando con su apacible sombra, aun

VA OMOTEN

*Lib. X. Cap. III.* 27

en lo mas vivo y mas ardiente del sol á quien desea gozarla. ¡Oh qué amable soledad! ¡Ah señor! todas las trazas son de que la disfrutaremos por largo tiempo. Me alegro mucho, le respondí, de que te guste tanto la situacion de nuestro retiro, y de que tan presto te hayas hecho cargo de sus apreciables conveniencias.

Divertidos en esta conversacion llegamos finalmente á la casa, cuyas puertas se nos franquearon de par en par luego que dixo Scipion como yo era el señor Gil Blas de Santillana, que venia á tomar posesion de su hacienda. Al oír un nombre tan respetable para aquellas gentes, se dexó entrar la calesa en un espacioso patio, donde inmediatamente eché pie á tierra, y apoyándome gravemente sobre el hombro de Scipion, entré en una sala, en donde no bien habia llegado quando se me presentaron siete ú ocho criados, diciendo que venian á ofrecerme sus reverentes obsequios, y á reconocerme y obedecerme como á su nuevo amo y señor. Que Don Cesar y Don Alfonso los habian nombrado y escogido para que me sirviesen, uno de cocinero, otro de sota-cocinero, otro de pillo de cocina, otro de portero, y los demas de lacayos, con severa prohibicion á todos de recibir de mí salario alguno, porque aquellos señores querian tomar de su cuenta todos los gastos de mi familia. El principal de estos criados, y que como tal llevaba la palabra, era el cocinero, el qual se

D 2

lla-



llamaba Joaquin. Díxome que habia hecho una buena provision de los mejores vinos de España, y que por lo que tocaba á la disposicion de la comida, habiendo tenido el honor de servir por espacio de seis años en la cocina del Señor Arzobispo de Valencia, esperaba componer unos platos que excitasen mi apetito; y en fé de esto añadió, voy á dar á V. S. una prueba de mi gusto en punto de cocinar. Mientras tanto podrá V. S. pasearse un poco hasta la hora de comer, y visitar todos los quartos y piezas de la casa para reconocer si están con la decencia correspondiente al decoro del nuevo dueño que las ha de habitar y servirse de ellas.

Considera el lector si me haria mucho de rogar para emprender desde luego ésta visita. Scipion, á quien no picaba menos que á mí la curiosidad de verlas, me fue conduciendo de sala en sala y de quarto en quarto, de manera que en breve tiempo recorrimos toda la casa de arriba á baxo. Ningun rincón se escapó á nuestra curiosidad, por lo menos así nos lo pareció; y en todos ellos hallé motivo para admirar la gran bondad de Don Cesar y de su hijo para conmigo. Entre otras cosas me dieron golpe dos espaciosas salas simétricamente adornadas con unos muebles que sin llegar á ser magníficos eran de un fino y muy delicado gusto. Estaba la una entapizada con unos lienzos de Flándes, y se veía en ella una gran-

grande y muy aseada cama con colgadura ó pabellon de terciopelo carmesí, que se conservaba bella y brillante, sin embargo de haberse fabricado quando los Moros ocupaban el Reyno de Valencia. No eran de menos gusto los muebles de la otra sala. Cubrian sus paredes varios paños de damasco Ginoves color de yema, y de la misma tela era la colgadura de la cama y las fundas de las sillas y taburetes que se veían distribuidos por toda la sala con aseó, propiedad y simetría.

Despues de haber examinado bien todas las cosas, mi secretario y yo volvimos á la sala, donde hallamos ya puesta la mesa con dos cubiertos. Sentámonos á ella, y al punto se nos sirvió una olla podrida tan sazónada y deliciosa, que nos dió lástima el Arzobispo de Valencia por haber perdido al valiente cocinero que la habia sazónado. Verdad es que las buenas ganas que teniamos pudieron contribuir mucho á que nos pareciese tan exquisita y regalada. Casi á cada bocádo que comiamos nos presentaron mis criados y lacayos de nueva impresion unos grandes vasos llenos hasta el borde de un vino generoso de la Mancha. No atreviéndose Scipion á manifestar en presencia de los criados el extraordinario gozo que interiormente sentia, me le daba á entender con ciertas miradas grandemente picoteras, y yo le correspondia declarándole el mio con otras ojeadas nada menos habladoras. Arrimamos la olla podrida, quan-



quando se nos presentó el asado, que consistía en dos grandes codornices que flanqueaban un grueso y tierno lebracho; acometimosle como dos hombres famélicos; y habiendo comido y bebido á proporcion, nos levantamos de la mesa para ir al jardin á oearnos algun tanto, y dormir un poco de siesta en algun sitio sombrio y delicioso.

Si mi secretario se habia mostrado tan satisfecho y contento de todo lo que habia visto hasta entonces, no quedó menos encantado á la vista del jardin. Parecióle digno de compararse á los de Aranjuez. Don César, que de quando en quando hacia sus excursiones á Liria, habia tenido gran cuidado de promover su cultivo y su belleza. Todas las calles estaban muy limpias y arenadas con particular esmero; sus orillas bordeadas de citrones, limoneros y naranjos; en medio del jardin un gran estanque de blanquísimo jaspe, en cuyo centro se elevaba un hermoso pedestal de la misma materia, sobre el qual se representaba sentado un corpulento leon de bronce que arrojaba copiosos chorros de agua, y añadiéndose á esto la hermosura de las flores y la diversidad de las frutas, eran todos espectáculos que tenian embelesado á Scipion; pero lo que mas le encantó fue una muy larga calle de árboles arqueados y entretexidos en figura de bóveda, cuyas verdes y espesas hojas la cubrian de una apacible sombra, sin permitir la entrada al mas mínimo rayo del sol

en

en lo mas vivo y ardiente del mediodia. Dando mil elogios á un sitio tan propio para servir de asilo contra el calor, nos sentamos al pié de un olmo donde el sueño acudió presto á sorprehender dos hombres; que sobre bien comidos y bien bebidos estaban no poco necesitados de reposo despues de tan largo viage.

Dos horas despues nos despertó el ruido de algunos escopetazos disparados tan cerca de nosotros que efectivamente nos sobresaltaron. Levantámonos precipitadamente, y para informarnos mejor de lo que era fuimos á casa del labrador á cuyo cargo estaba la custodia y el cultivo de aquel sitio. Allí encontramos otros ocho ó diez labradores, vecinos de aquella pequeña Aldea, que se habian juntado á disparar al ayre, y al mismo tiempo limpiar sus arcabuces para celebrar y festejar nuestra venida. La mayor parte de ellos me conocia ya por haberme visto algunas veces en aquel sitio quando era mayordomo de la casa de Leiva. Luego que me descubrieron echaron á volar por el ayre monteras y sombreros, gritando todos á un mismo tiempo: ¡Viva nuestro nuevo amo y señor! Sea vien venido á este su lugar de Liria. Diciendo esto volvieron á cargar sus escopetas, y me saludaron con una descarga general. Recibílos con el mayor agrado que me fue posible, pero sin descomponer mi gravedad, porque no me pareció conveniente familiarizarme demasiado con ellos. Ofrecíles mi

pro-



protección, y los dexé veinte escudos para refrescar: expresion que no fué la menos bien recibida, ni la menos celebrada entre todas las demas señales que les habia dado de mi agradecimiento. Retiréme despues con mi secretario mientras ellos se divertian en echar mas pólvora al ayre, y nos paseamos por el bosque hasta la noche, sin cansarnos la uniforme vista de los árboles; tanto nos divertia, y tanto nos embelesaba el gusto de vernos en nuestra nueva posesion.

Durante nuestro paseo no estaban ociosos el cocinero, su ayudante ni el galopin. Ocupábanse todos tres en disponernos una cena superior á la comida; tanto que quando volvimos del paseo y entramos en la sala donde habiamos comido, quedamos admirados viendo poner en la mesa un plato con quatro perdices asadas, una cazuela de tiernos gazapillos, y en otra un capon cebado, y guisado á la francesa, sirviendo de entreplatos orejas de puerco compuestas delicadamente, pollos rebozados, y un plato de crema de chocolate. El vino de pasto era de Lucena, y ademas de él probamos otros excelentes. Quando nos pareció que ya no podiamos comer ni beber mas sin peligro de la salud, sólo pensamos en irnos á la cama. Mis lacayos tomaron dos velas y me conduxeron al mejor quarto. Ayudáronme á desnudar, y luego que me echaron áuestas la bata, y me pusieron el gorro de dormir,

mir, les dixé en tono autorizado y señoril: retiraos que no os he menester para lo demas.

Saliéronse todos quedándome solo con Scipion para discurrir un poco con él. Preguntéle qué juicio hacia de lo que se estaba executando conmigo por orden de los señores de Leiva. Respondióme: por vida mia, señor, me parece no ser posible hacerse mas, y solamente deseo que esto dure mucho. Pues yo no lo deseo, le repliqué: no debo permitir que mis bienhechores hagan tantos gastos por mí, porque esto seria abusar de su generosidad. Fuera de eso, tampoco me puedo acomodar á tener criados asalariados por otros, pues bastaria esto para parecerme que no estaba en mi propia casa. A todo esto se añade que yo no me he retirado aqui para meter tanto ruido ni vivir con tanto aparato. ¿Qué necesidad tenemos de tantos criados? Bástanos Beltran, un cocinero, un mozo de cocina y un lacayo. Sin embargo de que á mi secretario no le pesaria el vivir siempre á costa del Gobernador de Valencia, todavia no quiso ó no se atrevió á desaprobarme mi honrada delicadeza en este punto; antes bien conformándose con mi dictamen, aprobó y alabó mucho mi modo de pensar en orden á la reforma que pensaba hacer. Quedó esto decidido, y él se salió de mi quarto para retirarse al suyo.



## CAPITULO IV.

*Parte á Valencia, visita á los señores de Leiva; la conversacion que tuvo con ellos, y la buena acogida que le hizo Doña Serafina.*

A cabé de desnudarme, metíme en la cama, y viendo que ninguna gana tenia de dormir, me abandoné á mis reflexiones. Lo primero que se me representó fue el amor y la generosidad con que los Señores de Leiva pagaban la inclinacion y la lealtad con que yo me habia dedicado á servirlos en todas ocasiones; y penetrado vivamente de las continuas pruebas que cada dia me daban de aquel amor y agradecimiento, resolví partir el dia siguiente á visitarlos y á darles mil gracias por tan excesivas y estimables finezas. Al mismo tiempo lograba el particular gusto de ver quanto antes á la hermosa Serafina, primer movil de los grandes beneficios que debia á todos aquellos señores; bien que este gusto se templaba mucho considerando los ojos con que me miraria su camarera la señora Lorenza, acordándose del lance de la bofetada. Fatigada la imaginacion con todas estas especies, me quedé finalmente dormido, y no

VI OMO dis-

disperté hasta que comenzó á dexarse ver el sol al dia siguiente.

Salté luego de la cama, y enteramente ocupado el pensamiento en el viage que meditaba, tardé poco en vestirme. Aun no bien habia acabado de hacerlo, quando mi secretario entró en mi quarto. Scipion, le dixé, ahora mismo estaba pensando en partir á Valencia sin la mas mínima detencion, y sin duda lo aprobarás. No puedo dilatar un momento la indispensable obligacion de presentarme á unos señores á quienes debo todo lo que estoy gozando; cada instante de voluntaria dilacion en el cumplimiento de tan preciso deber me acusa de ingratitud. A tí te dispenso el que por ahora me acompañes en este viage; quédate aquí durante mi ausencia, que no pasará de ocho dias. Vaya Vmd. con Dios, me respondió, y cumpla como es razon con Don Alfonso y con su padre; ambos me parecen dos señores muy agradecidos á los que les sirven con zelo, y á todo lo que se hace por ellos: virtud tan rara en las personas de su calidad, que no alcanzan todas las demostraciones del respeto y de la atencion para corresponder dignamente á lo que ella se merece. Dí orden á Beltran para que dispusiese la calesa mientras yo tomaba chocolate. Hecha esta diligencia monté y partí dexando mandado á mis criados que sirviesen y obedeciesen á mi secretario, ni mas ni menos como á mi misma persona.

En menos de quatro horas llegué á Valencia,

E 2

cia,



cia, y fui derecho á apearme en las caballerizas del Gobernador. Dexé en ellas mi equipage, hice que me enseñasen el quarto de Don Alfonso, donde se hallaba á la sazón su padre Don Cesar. Abrí yo mismo la puerta y me entré sin ceremonia, diciendo que los criados de casa no enviaban recado delante, ni pedian licencia para presentarse á sus amos, y así que allí tenian sus Señorías un criado antiguo de la casa, que venia á rendirles sus respetos. Diciendo esto iba á arrodillarme para besarles la mano, pero ellos no me lo permitieron; levantáronme en el mismo acto de inclinarme, y uno y otro me estrecharon entre sus brazos con las mas vivas señales de amor y de alborozo. ¿Y bien, querido Santillana (me preguntó Don Alfonso) has ido ya á Liria y tomado posesion de tu hacienda? Sí señor, le respondí, por señas que vengo con la pretension de que V. S. se sirva permitirme que se la restituya. ¿Pues por qué? me replicó medio turbado. ¿No te gusta? ¿ó has encontrado en ella alguna cosa que no te acomode? Nada menos, respondí: por lo que toca á la posesion me encanta y me gusta infinitamente; pero lo que no me acomoda es tener cocineros de Arzobispos, y tres veces mas criados de los que he menester, ocasionando á V. S. un gasto tan crecido como superfluo, y que desdice mucho de mi persona.

Si hubieras aceptado (me respondió) la pension de dos mil ducados que te ofrecimos en  
Ma-

Madrid, nos hubiéramos contentado con regalarte esa casa alhajada como está; pero habiéndola tú rehusado, nos pareció que en recompensa debiamos hacer lo que hicimos. Señor, le repliqué, eso es demasiado; bastaba que V. SS. me hubiesen favorecido solamente con la hacienda para llenar todos mis deseos. Ademas de lo mucho que costaria á V. SS. mantener tanta gente inutil para mi servicio, protesto con la mayor seriedad que una familia tan numerosa me incomodaria mucho, y me daria gran sujecion. En suma, señores, (concluí) ó V. SS. se vuelvan á la posesion de su quinta, ó denme licencia para que yo la disfrute y use de ella á mi modo. Pronuncié estas últimas palabras con tanta viveza y resolucion, que padre é hijo, los quales de ningun modo pretendian violentarme, me dexaron en toda libertad para que me gobernase y dispusiese de la casa como mejor me pareciese.

Repetíles mil gracias por el nuevo beneficio que me hacian, reputando por tal el permiso que me daban; y queria proseguir, pero Don Alfonso me interrumpió diciendo: Santillana, quiero presentarte á una dama, que sin duda tendrá particularísimo gusto de verte; y diciendo y haciendo me tomó por la mano, y me conduxo al quarto de Serafina, la qual luego que me vió prorumpió en un grito de alegría. Señora, la dixo el Gobernador, creo que no será menos gustoso para vos de lo que ha sido para mí



mi el arribo á Valencia de nuestro Santillana. Creo, respondió ella prontamente, que tambien el mismo Santillana estará muy persuadido á eso. No ha sido capaz el tiempo, ni lo será jamas de borrar de mi memoria el gran servicio que me hizo: á esto se añade la nueva obligacion que le tengo, y el reconocimiento que le profeso por el reciente servicio que os hizo. Respondí á mi señora la Gobernadora, que estaba mas que suficientemente pagado el peligro que corrí juntamente con los demas que me ayudaron á librarla, exponiendo mi inutil vida por asegurar la suya, tanto mas importante que la mia; y despues de una larga cadena de recíprocos cumplimientos á este tenor, Don Alfonso me sacó del quarto de su muger, y me llevó á una gran sala donde se hallaba Don Cesar acompañado de muchos caballeros que estaban aquel día convidados á comer.

Saludáronme todos con la mayor afabilidad y cortesanía, y á competencia me hicieron mil finezas luego que supieron por Don Cesar que yo habia sido uno de los primeros y mas confidentes secretarios del Duque de Melar. Quizá tampoco ignoraría la mayor parte de ellos que Don Alfonso habia obtenido á influxo mio el Gobierno de Valencia, porque al cabo todo se viene á saber. Sea de esto lo que fuere, luego que nos sentamos á la mesa solo se habló del nuevo Cardenal; unos le alababan sin medida ensalzándole hasta las nubes, y ya fuese de veras

ó por política afectacion; otros contextaban á aquellos elogios, y aun añadian algunos mas, pero entre dientes, y como se suele decir con la boca chica. Luego conocí que estos y aquellos solo andaban buscándome la boca para que los divirtiese á costa del Cardenal. De buena gana hubiera dicho lo que pensaba, pero contuve la lengua, y solo contexté á la conversacion con pocas palabras, bien pensadas, y en términos muy generales, lo que me hizo pasar en el concepto de aquellos caballeros por un mozo discreto, prudente y de mucho juicio.

Concluida la comida y levantados los manteles se retiraron los convidados cada uno á dormir la siesta. Don Cesar y su hijo llamados de la misma costumbre ó sea necesidad, se encerraron en sus respectivos quartos. Yo con la curiosidad de ver quanto antes una Ciudad que tanto habia oido alabar, salí del Palacio del Gobernador con ánimo de pasear las calles. Encontré en la misma puerta un hombre que apenas me vió se acercó á mí y me dixo: ¿me dará licencia el Señor de Santillana para que yo le salute? Preguntéle quién era? Soy, me respondió, el ayuda de cámara del señor Don Cesar, y era su lacayo quando su merced era mayordomo de la casa. Todas las mañanas iba al quarto de su merced, y siempre me hacia mil favores. Informábale de todo lo que pasaba en Palacio; y bien se acordará su merced que un día le dixé como el cirujano de Leiva se introducía secre-



tamente en el quarto de la dueña, que se llamaba la señora Lorenza Séfora. De eso me acuerdo muy bien, le respondí, ¿y en qué paró esa pobre muger? ¿En qué habia de parar? repuso él. Luego que su merced partió, cayó mala de pasión de ánimo, y al cabo murió mas llorada de la ama que del amo.

Después que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora se despidió de mi, pidiéndome perdon de lo que me habia detenido, y me dexó proseguir mi camino. No pude menos de dar algun suspiro acordándome de la desdichada dueña, y echándome la culpa de su desgracia, siendo asi que verosimilmente sería obra de su cancer aun mas que de mi desvío.

Observaba con gusto en la Ciudad todo lo que me parecia digno de ser notado. Gustáronme mucho algunos edificios públicos, pero lo que me llevó toda la atencion fue una gran casa que descubrí á lo lejos, donde ví que entraba mucha gente. Acerquéme para informarme mejor por qué era aquel gran concurso de hombres y mugeres, y presto salí de mi curiosidad, leyendo sobre la puerta un rótulo en grandes letras que decía: *Teatro de Comedias*. Leí tambien los carteles, en los quales para aquella tarde se ofrecia una nueva tragedia compuesta por Don Gabriel Tiraquero.

CA-

## CAPITULO V.

*Va á la comedia Gil Blas, y vé representar la nueva tragedia. Qué suceso tuvo la pieza, y la variedad de juicios en la crítica que se hizo de ella.*

Detúveme algun tiempo en la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban. Habíalas de todas esferas y trages. Ví caballeros de muy buena traza, y ricamente vestidos; ví tambien otra gentalla de malísimas figuras, cubiertas todas de andrajos. Ví varias damas que se apeaban de sus coches, y pasaban á ocupar los aposentos que habian alquilado, y ví no pocas cortesanas que se enfilaban en las gradas para embaucar á los pisaverdes boquirrubios. A vista de tal concurso de gente de todos precios y calidades, me vino la gana de aumentar el número. Ya me disponia á entrar quando ví llegar al Gobernador con su muger. Reconociéronme entre la muchedumbre, llamáronme, y me llevaron á su aposento, donde me senté tras de los dos, de manera que pudiese discurrir cómodamente con entrámbos. Todos los palcos estaban ocupados, el patio atestado de todo género de gente, como tambien las gradas y demas asientos, y la

TOMO IV.

F

lu-

34423